IN MEMORIAM: **EXCMO. SR. D. GONZALO FERNÁNDEZ DE LA MORA**

UNA CLAVE BIEN RAZONADA DE LA FELICIDAD

Palabras del Excmo. Sr. D. Alfonso López Quintás

Participar en esta sesión conmemorativa de la figura y obra de nuestro compañero D. Gonzalo Fernández de la Mora es para mí un honor y un alivio del golpe que significó su repentino fallecimiento. Tres días antes de su muerte habíamos sostenido una larga y enfervorizada conversación, en la que él mostró con mayor énfasis que nunca su preocupación por el bajo nivel ético de la sociedad actual. Se me hace duro pensar que de forma tan súbita —aunque él siempre decía, y por desgracia con razón, que su vida pendía de un hilo...— hayamos perdido una mente preclara, una voluntad férrea en la defensa de sus convicciones, un intelectual sincero que honraba la Academia con su participación incesante y cualificada.

Es difícil escoger un tema para este acto de homenaje, pues su magna obra ofrece mil perfiles a cada cual más sugestivo y valioso. Voy a destacar dos libros especialmente queridos por él: *El crepúsculo de las ideologías*, que lo consagró como un investigador penetrante de filosofía política, y *Sobre la felicidad*, su última obra, escrita con especial empeño por constituir una especie de testamento ético, dirigido especialmente a los jóvenes.

EL DECLINAR DE LAS IDEOLOGÍAS

Rigurosamente entendidas, las ideologías se oponen a la actitud de rigor en el pensar que nuestro compañero siempre propugnó y adoptó en su vida. En sentido estricto, se entiende por «ideología» un sistema de pensamiento esclerosado. En principio, pudo haber respondido al análisis de una vertiente de la realidad, pero, por no haberse adaptado a los cambios, se quedó desfasado y sólo puede ser sostenido por razones políticas de adhesión rígida a un programa partidista. De esta condición más bien negativa de las ideologías se derivan las características que Fernández de la Mora les atribuye:

1. Las ideologías contienen predominantemente directrices de comportamiento y principios de acción [1].

2. Una ideología es «una filosofía política simplificada y vulgarizada» [2], por ser una doctrina carente de la complejidad y finura de análisis que exige la fidelidad a lo real en toda su riqueza. La ideología «nace para uso de los estratos más bajos del género humano» por carecer de la tensión sinóptica que exige el conocimiento de lo real en toda su trama de implicaciones. Las realidades más relevantes son de por sí tan complejas, que, si no son sometidas previamente a un proceso de banalización, no se adaptan a los procedimientos demagógicos. La superficialidad torna opacos los conceptos y los reduce a algo amorfo y manipulable. En mentes propensas a políticas intelectuales de violencia, un concepto banalizado constituye un recurso bélico de drástica eficacia.

3. Al popularizarse, que es lo suyo, las ideologías adquieren el carácter de creencias [3], en cuanto son aceptadas sin plena conciencia racional de su razón de ser. Esta insuficiencia racional es provocada, en las ideologías, por una excesiva pobreza de sentido interno, y en las creencias por excesiva riqueza. En este último caso, la razón, al ser desbordada por algo entitativamente muy poderoso, se plenifica; en el primero, por el contrario, al verse reducida al mundo agostado de la mera subjetividad, se depaupera hasta extremos que comprometen la vida personal de los hombres. No por azar los ideólogos se han visto siempre obligados a operar sobre personas reducidas previamente a la condición ontológicamente precaria de meros individuos.

---

[1] Cf. *El crepúsculo de las ideologías*, Rialp, Madrid, 1965, pág. 31.

[2] *L. cit.*

[3] *Op. cit.*, pág. 35.

4. Esta opacidad de las ideologías provocada por su atenencia a lo superficial las sitúa en relación estrecha de dependencia respecto a los fenómenos de masificación. Sólo cuando se advierte el vínculo de las ideologías con la retracción frente a la realidad —de la que brota la flexibilidad de la mente— se puede comprender que las ideas, en la medida en que se masifican y disuelven, pierden autenticidad y se degradan [4].

5. Las ideologías responden, en definitiva, a un defecto de precisión, provocado, a su vez, por una voluntad precipitada de autonomía frente a los dictados de lo real, o, si se quiere, por la falta de aquello que según Goethe nadie trae consigo al nacer y es necesario, no obstante, para vivir personalmente: la «reverencia». Para ser precisos en niveles de hondura hay que ser fieles a la flexibilidad indómita de lo real, y esta fidelidad a lo trascendente es obra no sólo del entendimiento, sino también del sentido y la voluntad.

Esto permite comprender que el pensamiento ideológico no sea «honestamente realista» [5], ni logre despertar vida personal-comunitaria, sino tan sólo vida individual-colectiva. Al no estar abierta a lo real fluyente y complejo, una idea —aunque al principio sea exacta— pronto se convierte en camisa de fuerza que impide el despliegue normal del pensamiento. Las ideologías son violentas por carecer ellas mismas de la debida libertad.

6. Queda claro que las ideologías se muestran poco realistas. Pero, ¿qué se entiende por realismo? ¿Se opone, acaso, la actitud realista a la participación personal del hombre en sus actos de conocimiento?

Examinado con rigor filosófico, el tema de las ideologías entraña un problema gravísimo, pues si se entiende el conocimiento de lo metasensible —lo no sometible a análisis científico— como no realista y no riguroso en absoluto, se ciega la fuente más amplia del saber humano y se concede una primacía injusta al conocimiento de lo cuantificable. Si se piensa, por otra parte, que, para ser rigurosamente racional, el conocimiento humano debe rechazar toda colaboración del sentimiento —considerada como una forma de intromisión espuria—, se reduce el campo del saber racional al ámbito más superficial de la realidad, con grave quebranto de la salud mental del hombre, ser nacido para vivir en niveles muy hondos.

---

[4] *Op. cit.*, pág. 45

[5] *Op. cit.*, pág. 37.

En definitiva, al enfrentarnos al tema de las ideologías tropezamos con el grave enigma que late en toda la historia de la Filosofía: Qué es el saber. ¿Es el hombre una «caña pensante» o, más bien, un ser complejo hecho para pensar, amar y sentir realidades que conmueven todo su ser, lo sobrecogen y, sobrecogiéndolo, lo plenifican?

La experiencia del último siglo nos advierte que el cultivo de las ideologías arrastra a la Humanidad al caos: a la estridencia intelectual primero, y a la conmoción bélica después. Pero hoy estamos advirtiendo que la crítica de las ideologías, si no guarda el debido equilibrio a base de gran sutileza y precisión, puede correr el riesgo de amputar un ámbito esencial del ser humano: El mundo del espíritu o, dicho más ampliamente: el campo de realidades valiosas en que el espíritu se expande y llega a sazón.

Un análisis fiel de la situación actual nos permite afirmar que el fenómeno —a primera vista desazonante— del declinar de las ideologías constituye para el hombre de hoy una invitación enérgica a la esperanza, por significar un paso muy firme hacia una actitud intelectual de integración en todos los frentes. Tarea integradora que viene inspirada por un *ethos* de fidelidad al ser en sus diversos estratos. Lejos de toda actitud de violenta coacción racionalista, o —lo que viene a ser casi igual— de toda campaña de minimización de la riqueza interna de la realidad, el hombre contemporáneo, bien aleccionado por las duras experiencias del pasado y, sobre todo, por la emoción que le produce el conocer hondamente los diversos seres de su entorno, se apresta hoy día a relegar prejuicios y dar carta de ciudadanía en el quehacer cognoscitivo a todas las facultades humanas, incluso a las consideradas tendenciosamente como «irracionales». El conocimiento filosófico debe ser un conocimiento rigurosamente humano, y esto exige un cierto nivel o voltaje entitativo por parte del ser entero del hombre. Más que incumbencia de una sola facultad, el conocimiento humano es el fruto de una tensión y una distensión de todo el ser. Los conflictos entre las posiciones extremas marcadas por el Voluntarismo, el Intelectualismo y el Sentimentalismo son fruto en buena medida de la superficialidad del pensamiento. Cuando ahondamos en el estudio de una realidad y descubrimos su riqueza, observamos que es esta riqueza la que obliga a las diversas facultades humanas a ponerse en juego y coordinarse entre sí.

El problema de las ideologías nos ha permitido precisar un tanto de cerca estas sutiles y graves cuestiones. Tal vez pocos temas puedan servir de base tan clara como éste para mostrar que estamos efectivamente en marcha hacia una nueva época, una era del pensamiento más esforzada, más colmada de riesgos, pero incomparablemente más lúcida y plena que la «Edad Moderna».

Gonzalo Fernández de la Mora no se opone al sentimiento. Lo valora, si se lo entiende bien. Una vez y otra y con toda energía subraya la primacía del logos sobre el pathos. «La genuina condición del hombre —escribe— es racional. Somos un "logos" patético que acaso un día se transforme en "logos" puro. Nuestro eje diamantino es el intelecto, y a él hay que ordenarlo todo. La razón es el útil magno de la verdad. Pero no la alcanzaríamos si no la apeteciéramos. Hemos de buscarla con ímpetu. Llevo años esforzándome en promover la única pasión intelectual lícita, la de ser "lógico" siempre. Es el "eros" augusto» [6]. Pero seguidamente destaca la necesidad de integrar las tres facultades del hombre: el entendimiento, la voluntad y el sentimiento: «Hay que amar la obra ajena para consagrarnos a su intelección (...); hay que amar la verdad para entregarle lo mejor de nuestra vida, lo que no es negocio y coacción existencial, y hay que gozarse en la objetividad y en el rigor. También la teoría está impulsada por motores patéticos; pero no les dejemos que fijen el rumbo» [7]. Bastaría estudiar un tanto de cerca las *diferentes formas de objetividad* —correspondientes a los diversos estratos de ser— y, por tanto, de *rigor* para estar en condiciones de articular debidamente las *diferentes formas de racionalidad y de sentimiento* que laten *in nuce* en el párrafo transcrito.

LA ALIENACIÓN Y LA INFELICIDAD

El libro *Sobre la felicidad* [8] lo escribió Fernández de la Mora —según propio testimonio— con gran ilusión, por el deseo de complementar y clarificar la idea un tanto pesimista del hombre que había ofrecido en su libro anterior: *El hombre en desazón* [9]. En la Primera Parte realiza un amplio y penetrante análisis del concepto de felicidad legado por los grandes pensadores, desde Epicuro y Aristóteles hasta Max Scheler y el P. Santiago Ramírez. Para ello moviliza sus impresionantes recursos: conocimiento de lenguas antiguas y modernas, trato asiduo con las obras más representativas de la literatura y la filosofía... En la Segunda Parte, pone en juego su sabiduría de la vida y ofrece claves de orientación sumamente lúcidas y equilibradas. El *Epílogo para jóvenes* es un lúcido texto lleno de preocupación y esperanza a la vez.

A través del acopio erudito de datos, el autor quiere comunicarnos su convicción de que el ser humano, aun existiendo «en desazón», tiene ante sí un amplio horizonte cuando se pregunta en serio por el sentido de su vida.

---

[6] Cfr. *Pensamiento español, 1965. De Ortega a Nicol*, Rialp, Madrid, 1966, págs. 18-19.

[7] *Op. cit.*, pág. 19.

[8] Ediciones Nobel, Oviedo, 2001.

[9] Ediciones Nobel, Oviedo, 1997.

Por no descubrir con la debida lucidez dicho horizonte, buen número de jóvenes actuales no logran superar la decepción y el vacío existenciales y se evaden al mundo irreal de la diversión, la droga, el placer fácil y superficial... Por significar una salida de sí *en falso*, esa forma de evasión aboca al vacío. Este género de vacío no puede llenarse con el ejercicio de una *libertad de maniobra* absoluta, ni con el consiguiente *permisivismo* y *consumismo hedonista*, que inspiran una actitud *pasiva* e *irresponsable* ante la vida [10].

Esta conducta irresponsable significa una huida de la realidad, que lleva, como en el caso de *El Burlador de Sevilla* de Tirso de Molina, al vacío existencial y la destrucción de la personalidad. Tirso describió genialmente a Don Juan como un *ser en trance de huida* («¡Ensilla Catalinón...!»).

La existencia humana ha de ser vivida «como una empresa finalista» [11]. Por eso «no basta con pasarlo bien, hay que hacer algo valioso para que la vida se perciba como digna de ser vivida» [12]. El hombre, según la Biología actual más cualificada, es un «ser de encuentro», vive como persona, se desarrolla y madura como tal al crear modos de unión elevados con las realidades de su entorno. Tiene que «salir de sí» para ganar su identidad personal y desarrollarse cabalmente. Este desarrollo es bloqueado por la fijación fascinada en las experiencias placenteras, ya que «la búsqueda del placer es individualista y egoísta» [13].

Para hallar una salida a la asfixiante situación de «aislamiento ético» [14] en que se halla una parte de la juventud actual, debemos distinguir cuidadosamente las distintas formas en que podemos *salir de nosotros mismos* sin evadirnos y alienarnos. Por atenerse al conocido esquema orteguiano «ensimismamiento-alteración», Gonzalo F. de la Mora parece considerar como alienantes todas las actividades que nos sacan del recinto acotado de nuestro yo: «*En las dos grandes clases de hedonismo* —escribe— *hay alienación, es decir, el hombre sale de sí mismo y se evade merced al vino, al opio, al beso, al arte, a la ecuación, a la invocación. Todos los hedonismos son diversiones, no ensimismamientos*» [15].

El sentimiento de amistad y profunda admiración que siempre me ha suscitado la figura del autor me lleva a ofrecer mi pequeño aporte a la gran tarea cla-

---

[10] Cfr. *Sobre la felicidad*, págs. 177-178.
[11] Cfr. *op. cit.*, pág. 183.
[12] *Ibid.*
[13] Cfr. *op. cit.*, 174.
[14] Cfr. *op. cit.*, pág. 177.
[15] Cfr. *El hombre en desazón*, pág. 95.

rificadora que nos propone en el *Epilogo para jóvenes*[16]. A mi entender, los esquemas «dentro-fuera», «interior-exterior» dejan de ser *dilemas* para convertirse en *contrastes* cuando adoptamos en la vida una actitud creativa. Un poema que leo superficialmente está ahí, *fuera* de mí; no sólo es distinto de mí sino *externo, extraño, ajeno*. Si lo asumo como si fuera su autor y le doy vida, lo re-creo, y con ello deja de serme exterior y ajeno para hacerse *íntimo*, aun siendo distinto. Salir de mí para acceder a este poema y entregarme a él no me pierde o aliena; perfecciona mi personalidad porque creo un campo de juego con el poema en el cual ambos nos perfeccionamos en medida directamente proporcional a la calidad del poema y al grado de mi capacidad interpretativa.

Ni yo absorbo el poema ni el poema me absorbe a mí; ambos potenciamos nuestro modo de ser en el encuentro. Este tipo de encuentro enriquecedor no lo podemos realizar con meros objetos, sino con realidades de rango superior que son *fuentes de posibilidades* y se ofrecen, como tales, a nuestra potencia creadora. Al saludar a una persona, salgo de mi interioridad para encontrarme con un ser que se halla fuera de mí, en un lugar exterior al que yo ocupo. Pero, si esa persona es amiga mía, porque hemos creado una auténtica relación de encuentro, no se halla *fuera* de mí, no me es *externa* y *extraña*, sino *íntima*. Intimidad significa aquí que estamos insertos dinámicamente en un campo de juego común, en el cual compartimos actitudes, sentimientos y finalidades sin perder un ápice de nuestra identidad propia.

En consecuencia, al abrirme con toda el alma a una realidad que me ofrece una serie de posibilidades —una persona, una institución, una obra de arte, una obra literaria...—, no salgo de mí para perderme o alienarme; incremento mi identidad personal porque amplío la envergadura de mi yo. El yo pleno del hombre se va configurando a medida que se relaciona creativamente con un «tú» —que puede ser una persona o cualquier realidad que el yo pueda asumir activamente por ser una fuente de posibilidades creativas—. Cuanto más valiosas son éstas, más elevado es el encuentro resultante de la unión, y más entrañable la intimidad que ésta funda entre las realidades que la establecen. Con profunda razón afirman los escritores místicos que, en la experiencia religiosa más alta, Dios llega a ser «más íntimo al alma que su misma intimidad» (*interior intimo meo*), según expresión feliz de San Agustín.

Por ser fuente de posibilidades, una obra literaria constituye una realidad eminente —precisamente por no ser «cósica»— y no puede calificarse de «mera fic-

[16] Cfr. *op. cit.*, págs. 173-185.

ción». Es una forma singular de «realidad relacional». La inmersión en su mundo nos adentra en la trama de interrelaciones que constituye nuestra peripecia vital; no nos aliena y despersonaliza.

El joven desilusionado que se entrega a realidades que lo *fascinan* o *seducen* sale de sí en sentido negativo, porque pierde la libertad interior, se lanza por la pendiente del vértigo y queda succionado por el vacío y la soledad. En cambio, si sale al encuentro a una realidad que le ofrece posibilidades creativas —de tipo ético, estético, religioso...—, deja de ser un iluso porque se ve lleno de la ilusión que nos produce crear formas elevadas de unidad.

Estas consideraciones nos permiten comprender hasta qué punto, como bien observa Gonzalo F. de la Mora, el mero poseer bienes, disponer de libertad de maniobra, moverse en un ambiente permisivista a ultranza... nos aleja de la auténtica felicidad porque nos *di-vierte*, en el sentido pascaliano de que nos *descentra*, ya que el único centro del hombre es el campo de juego que crea al relacionarse con realidades valiosas, que le ofrecen posibilidades para desarrollar su capacidad creativa.

En esta hora penosa de despedida, hemos de congratularnos por haber tenido entre nosotros durante tantos años a esta figura del pensamiento que no por elevada fue menos entrañable. Esa presencia continuará indefinidamente en nuestro recuerdo, en el mensaje de sus obras y en el legado impagable de su biblioteca, que con razón él cuidaba como la niña de sus ojos.